

¿HACIA DONDE VA EL MUNDO?

La resolución de los problemas globales en la era de la “chinización”

¿Hacia donde va el mundo? Nadie puede responder con precisión a esta pregunta, aunque resulta razonable pensar que lo que nos depare el futuro más inmediato vendrá marcado por la manera en que afrontemos, en la actualidad, la confluencia de la crisis económica global con la energética/climática y la del mundo rural (con su más que probable crisis alimentaria asociada). Estos asuntos ocuparán, sin duda, el proscenio de un escenario mundial hoy conformado por dos acontecimientos estrechamente vinculados entre sí: la globalización y el auge de la sociedad urbana.

La globalización ha permitido que el capitalismo funcione desbordando las fronteras nacionales, provocando un profundo impacto social y cultural. La movilidad de los capitales atendiendo a la búsqueda de ventajas competitivas ha logrado incrementar aún más la capacidad –de la que ha gozado siempre la empresa privada bajo el capitalismo– de trasladar a terceros o al conjunto de la comunidad los costes sociales y ambientales asociados a la extracción y transformación de los recursos. Gracias a la globalización, los capitales privados no sólo consiguen nuevos mercados, favoreciendo la ampliación del círculo de los consumidores, sino que también acceden a las fuentes de materias primas que otorgan seguridad a sus aprovisionamientos y se benefician de la constitución de un “ejército industrial de reserva” que debilita la posición política de la fuerza de trabajo y socava la capacidad de los Estados para mantener sus sistemas de protección social. Igualmente en el plano cultural, la globalización ha comportado tres procesos concurrentes y, a la vez, antagonistas: por un lado, un proceso de homologación según los criterios euronorteamericanos; por otro, una reacción en clave de resistencia frente al proceso anterior que reivindica y revitaliza el valor de las culturas autóctonas; finalmente, un proceso de intensa hibridación y mestizaje cultural.

Los diferentes ámbitos que constituyen la realidad social no se han desarrollado de manera proporcionada con la globalización. Muestra de ello es que la profundización de la mundialización en el terreno econó-

INTRODUCCIÓN

Introducción

mico y cultural no se ha visto acompañada en el plano político, al ser este prácticamente el único campo de la actividad humana que apenas se ha visto afectado por ella. Por otra parte, en cada campo el protagonismo de los actores varía. Si bien en el económico asistimos a la emergencia de un conjunto de países muy dinámicos y con un gran peso desde el punto de vista poblacional (particularmente, los llamados E-7: China, India, Brasil, Rusia, Indonesia, México y Turquía), en el ámbito de la industria cultural, científico, militar y político (a través del G-7 y el control de las instituciones internacionales) la hegemonía sigue siendo para aquellas economías del capitalismo más añejo.

Con todo, es previsible que estas circunstancias cambien en poco tiempo. El centro de gravedad económico se está trasladando lejos del Atlántico Norte, y ello provocará una redistribución del poder mundial. El mundo se “desoccidentaliza” y se vuelve cada vez más multipolar. Con todas las reservas que merece cualquier proyección de crecimiento a largo plazo, según el estudio *El mundo en 2050*, realizado por la consultora Price Waterhouse Coopers,¹ en el año 2050 las 10 principales potencias económicas serán, por este orden, las siguientes: China, India, EE UU, Brasil, Japón, Rusia, México, Indonesia y Alemania. Para esa fecha, además, las economías del E-7 serán aproximadamente dos veces más grandes que el conjunto formado por los países que hoy forman el G-7.²

El auge de la sociedad urbana, a su vez, se vincula con dos hechos íntimamente relacionados: por un lado, con la importancia que adquiere la ciudad como nodo en una economía global en forma de red. Algunas ciudades (las llamadas *World Cities*) se convierten en puntos neurálgicos para el funcionamiento de la economía transnacional y actúan como emplazamientos innovadores dotados de competencias diversificadas con un alto nivel tecnológico. También en esta dinámica los cambios son profundos y en línea con lo que venimos señalando: si en 1999 tres ciudades del Atlántico Norte (Nueva York, Londres y París) y una oriental (Tokio) se podían considerar exponentes máximos de la idea de ciudad global, apenas diez años después la lista se ve completada con la presencia de Sidney, Singapur, Pekín, Hong Kong y Shanghai.³

Por otro lado, el proceso urbanizador va de la mano del declive del campesinado. Las sociedades del siglo XXI son, y serán cada vez más, sociedades predominantemente urbanas, no únicamente porque la población que vive en las ciudades ya supera a la que vive en el medio rural, sino también porque con ello la especie humana deja de ser –en palabras de Hobsbawm– «lo que fuimos desde nuestra aparición: una especie formada principal-

¹ Se puede descargar en castellano en <http://www.pwc.com/uy/es/publicaciones/the-world-in-2050.jhtml>

² El G-7 está formado por: EE UU, Japón, Alemania, Reino Unido, Francia, Italia y Canadá. Los países del E-7 en la actualidad representan el 72% del PIB total del G-7 en paridad de poder adquisitivo.

³ Véanse las clasificaciones que establece el *Grupo de Estudios sobre Globalización y Ciudades Mundiales* de la Universidad de Loughborough en <http://www.lboro.ac.uk/gawc/world2010.html>

mente por cazadores, recolectores y productores de alimentos».4 La caída de la porción de la población dedicada a las tareas agrícolas representa un fenómeno de gran trascendencia por sus connotaciones culturales, políticas y ecológicas.

El auge de China

Pocos países ejemplifican tan bien el alcance de estas tendencias como China. En este país asiático se están produciendo en la actualidad las transformaciones más intensas y aceleradas tanto en lo que se refiere a la integración en la economía mundial como a los procesos urbanizadores. La continua expansión exterior de la economía china la ha situado en el segundo lugar en el comercio mundial, en la quinta posición entre los países inversores a nivel global y en el principal captador de capitales extranjeros entre los llamados países en desarrollo. Tras superar a Japón, se ha convertido en la segunda potencia económica y el primer acreedor mundial. Aunque más de 700 millones de chinos viven aún en las zonas rurales del país, el ritmo urbanizador no encuentra parangón en ninguna otra parte del mundo: cada año 10 millones de campesinos emigran a las ciudades costeras con la esperanza de mejorar sus condiciones de vida.

La implantación en las hasta hace poco denominadas «sociedades de la opulencia» de un modelo *low cost* tras décadas de ofensiva neoliberal se nutre en gran medida de mercancías que se adquieren en bazares orientales y que son producidas en la gran fábrica asiática. La pérdida de participación en la renta nacional de la clase media occidental no sólo se ha visto compensada, en términos de su capacidad adquisitiva, con una miríada de baratijas procedentes de Oriente, sino que de allí también ha venido buena parte de la financiación que ha permitido sostener en dichos países durante los últimos lustros los niveles de consumo basados en el crédito. En cierto modo, el desempeño económico chino viene a ser la otra cara de la moneda de las dificultades estructurales (relativas al déficit comercial, caída de tasa de ahorro y fuerte endeudamiento exterior) que han experimentado algunas economías occidentales, en particular la estadounidense. Esta peculiar simbiosis ha dado lugar a la expresión “chimérica” para sintetizar los vínculos comerciales y financieros que han caracterizado durante las últimas décadas las relaciones económicas de los principales protagonistas de la economía mundial.

Admiración, miedo e inquietud ante China en los escenarios de la(s) crisis

La crisis actual pondrá patas arriba muchas cosas. En medio del temporal, China provoca admiración y temor. Se admira la capacidad con la que ha sorteado la crisis financiera mun-

⁴ E. Hobsbawm, *Guerra y paz en el siglo XXI*, Biblioteca Pensamiento Crítico, Diario Público, 2009, p. 45.

Introducción

dial, ayudado por un plan de estímulo fiscal, aprobado en el año 2008, que ha permitido movilizar una cantidad de recursos sin precedentes para emprender una profunda transformación socioeconómica. Ajustes de orientación en la gran marcha económica china que han sido refrendados en el Duodécimo Plan Quinquenal aprobado este año. El Gobierno y la Asamblea Popular parecen haber entendido bien las lecciones de la crisis y quieren un cambio: la orientación hacia el mercado doméstico está permitiendo que la demanda interna tome el relevo de las ventas al exterior, iniciando una nueva etapa en la que se espera un crecimiento más pausado, una transformación de su base energética, una reducción del consumo de materias primas, una expansión del sector servicios, un incremento de los salarios reales y un Estado social mejor equipado. China, a diferencia de Occidente, ha tenido el atrevimiento de encarar los grandes problemas a los que se enfrenta: la vulnerabilidad frente al comportamiento de la demanda externa, las pronunciadas desigualdades sociales y territoriales, y la insostenibilidad de su modelo de crecimiento acelerado. Que se logren finalmente los objetivos es una cuestión que no se puede evaluar a corto plazo. La admiración sobre cómo ha encarado esta situación tan delicada va unida a la esperanza del papel que puede desempeñar en la recuperación de la economía mundial: el gigante asiático dispone de 3,2 billones de dólares en reservas que, ante la debilidad del dólar, parece estar interesado en diversificar –no sólo por motivos económicos sino también geopolíticos– mediante la compra de deuda pública europea. Ya lo ha hecho para el caso español, adquiriendo el 12% de nuestra deuda soberana.

China despierta también temor y una profunda inquietud. El temor está azuzado en la mayor parte de las ocasiones por quienes saben que el miedo es una motivación en el capitalismo tan importante como la codicia. Lo expresaba recientemente con gran desparpajo un empresario en un mensaje destinado a los asalariados: «ustedes tienen que elegir: o trabajan como los chinos, o nos llevamos nuestras empresas a China». El mensaje, huelga decirlo, ilustra más sobre la ausencia de una mínima responsabilidad social de nuestro empresariado en los tiempos de la crisis global que sobre las condiciones laborales –claramente indeseables desde los parámetros conseguidos aquí tras muchas luchas– que se viven en China.

Pero, más allá del miedo que puedan provocar amenazas de este cariz, la evolución de China suscita una razonable inquietud cuando se confronta con los escenarios previsibles de escasez en los recursos y del cambio climático. La presencia china en Angola, reconstruyendo las infraestructuras destruidas por la guerra a cambio del petróleo del país; en Sudán del Norte, erigiendo presas sobre el Nilo y extrayendo su petróleo a través de la China National Petroleum Corporation; en la frontera entre y Turkmenistán con Uzbekistán, levantando un gaseoducto que llevará directamente el gas de Kazajistán hasta la misma Shanghai; o en otros muchos países de África, América Latina y Asia, comprando y arrendando grandes extensiones de tierras cultivables que se incorporarán a un modelo de explo-

tación industrial flexible que puede dedicarse a producir alternativamente, bien alimentos para las personas, forraje para la ganadería, agrocombustibles para los vehículos de motor o fibras para la industria textil, ciertamente es algo que, en un escenario de cambio climático y pico de petróleo, debe alarmar a quien esté preocupado por los grandes problemas que azotan al planeta. China es hoy el primer consumidor de energía del mundo y el primer país emisor de gases de efecto invernadero. Estos datos ayudan a comprender la relevancia del papel que China, junto al resto de países del E-7, está llamado a desempeñar en la búsqueda de soluciones a la crisis ecológica y climática.

Ahora bien, si para la salud del planeta lo que cuenta son las cifras totales, desde el punto de vista de la justicia global lo que es determinante son los niveles *per cápita*. Por ello, a la hora de establecer responsabilidades medioambientales cualquier cifra que se quiera considerar de la realidad social y económica China debe ser dividida entre los 1.300 millones de personas que forman su población. China se ha convertido en un actor esencial en el abordaje de los grandes desafíos globales, pero merece, de entrada, que se le reconozca su escasa responsabilidad histórica en los problemas creados.

¿La “chinización del mundo” nos sitúa en mejores condiciones para resolver los problemas globales del capitalismo mundializado?

No parece fácil esbozar una respuesta, ni siquiera provisional, sin formular antes otras muchas preguntas y, en particular, una: ¿Qué modelo está siguiendo China? Hay quien habla de un capi-comunismo que supera el oxímoron de un «comunismo capitalista». Otros, sin embargo, ven en la experiencia china el éxito de un modelo de socialismo basado en los mercados.⁵ En cualquier caso, resulta crucial dirimir esta cuestión para poder evaluar si nos encontramos o no ante una nueva versión emuladora del proyecto de modernización capitalista que ha caracterizado a las sociedades del Atlántico Norte.

Al menos sabemos de boca de sus dirigentes que China apuesta por seguir una vía de “ascenso pacífica” a través de la doctrina de los «cuatro *noes* y los cuatro *síes*»: no a la hegemonía, a la fuerza, a los bloques y a la carrera de armamentos; sí a la confianza, a la cooperación, a no crear más problemas que los planteados y a evitar la confrontación. No

⁵ Diversas obras abordan esta cuestión. La más interesante la de Giovanni Arrighi, *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del capitalismo del siglo XXI* (Akal, Madrid, 2001), que tiene la virtud de diferenciar entre capitalismo y economía de mercado, sosteniendo la tesis –sugerente pero controvertida– de que China sigue un modelo de desarrollo no capitalista en la medida en que el Estado no subordina su acción a los intereses de los propietarios de capital privado: «el carácter capitalista del desarrollo basado en el mercado [...] está determinado [...] por la relación del poder del Estado con el capital. Se pueden añadir tantos capitalistas como se quiera a una economía de mercado, pero a menos que el Estado se subordine a su interés de clase, la economía de mercado sigue siendo no-capitalista» (p. 345).

Introducción

es poco, si tenemos en cuenta que la vía euronorteamericana se consolidó a lo largo de la historia mediante la combinación de capitalismo, patriarcalismo, militarismo e imperialismo y que, a día de hoy, parece más empeñada en emponzoñar los problemas que en resolverlos. La redistribución del poder mundial y el fortalecimiento de un orden multipolar será, en cualquier caso, algo sobre lo que habrá que estar bien atentos.

Santiago Álvarez Cantalapiedra